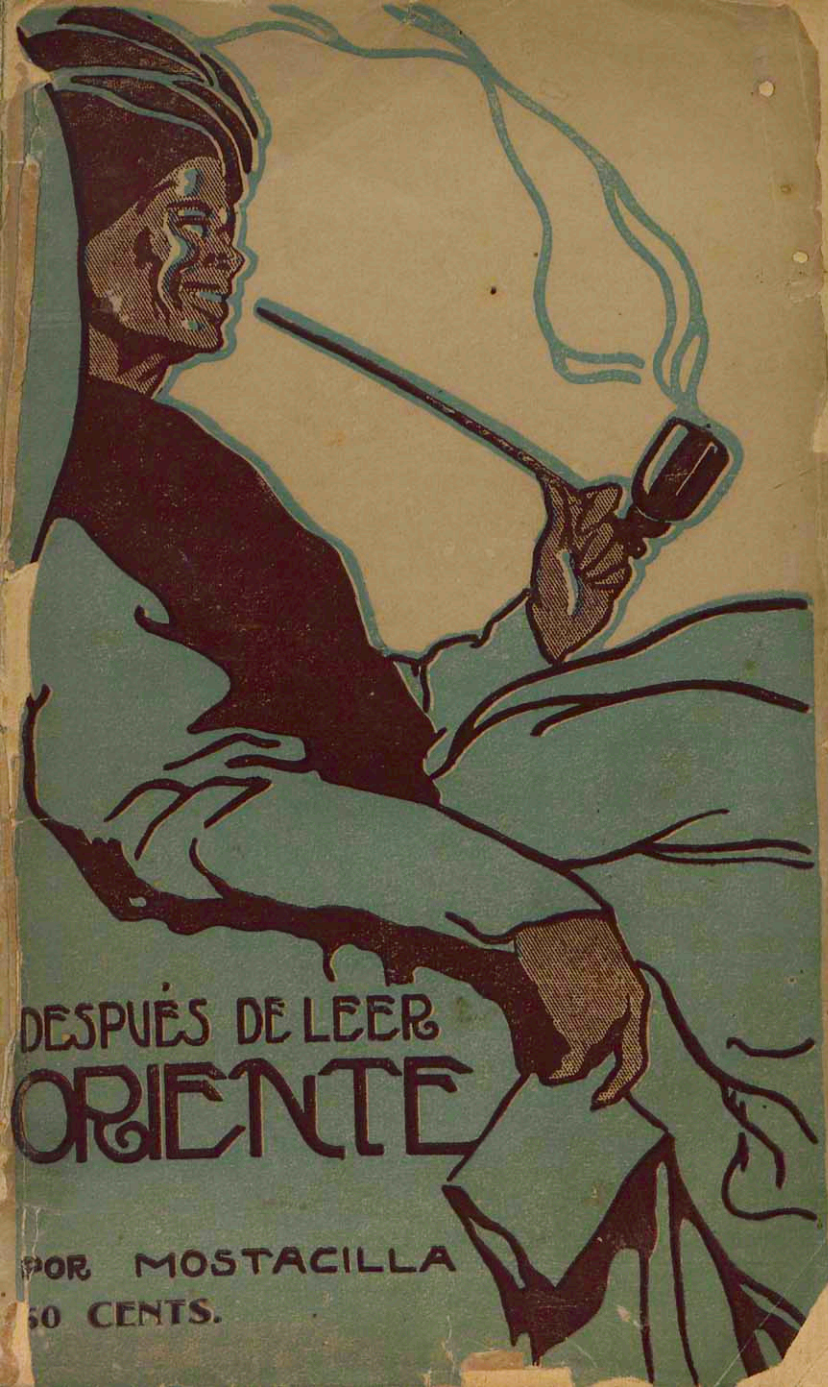




DESPUES DE LEER
ORIENTE

POR MOSTACILLA
60 CENTS.

BAS CARBONELL/3162

Después de leer

ORIENTE

0
MANUEL BAS CARBONELL
N.º 12953
BIBLIOTECA

===== NOTA =====

Este folleto no tiene propiedad,
porque el autor no cree á nadie
capaz de correr la aventura de
reimprimirlo. =====

ADVERTENCIA

Estas cuartillas, escritas á vuelta de pluma para ser publicadas en *El Guerrillero*, se reimprimen en este folleto por consejo de queridos amigos.

La rapidez con que se ha dado término al trabajo y la influencia que la lectura de *Oriente* ha ejercido en el ánimo del autor son causas más que suficientes para cometer deslices.

Por ellos no pide el autor que se le juzgue con indulgencia, sino con severidad; pues merecedor de ella es quien emprende una obra superior á sus fuerzas.

Después de leer **ORIENTE**

Incongruencias, figuras y desatinos fusilables

I

Blasco Ibáñez ha reunido en un tomo varios artículos escritos para la prensa americana, y que fueron reproducidos por la del trust de Madrid.

Describe en ellos su viaje á Turquía, desde Vichy hasta Constantinopla.

Es *Oriente* un libro pesado; carece de las galas de la literatura; está falto de color y de vida; no despierta el interés del lector; su parte histórica es pura novela; su erudición de tercera ó cuarta mano; su filosofía, desequilibrada; patentiza la ignorancia del autor cuando trata de asuntos religiosos; las personas son tratadas como animales y éstos con gran cariño, y, por último, su estilo es pedestre, vulgarote.

Sería preciso un tomo de 300 páginas para señalar las incorrecciones de lenguaje del libro *Oriente*. En la imposibilidad de ello,

iremos apuntando algunas, no todas, que saltan á la vista del menos avisado.

Nuestro Blasco comienza por decir que encontró «entre las apretadas columnas de la *Gaceta Imperial* de Pekin» un anuncio.

Lo cual no puede ser cierto. Entre las columnas no van más que espacios ó blancos y los intercolumnios. Los anuncios no se colocan entre columnas, y mucho menos si éstas son «apretadas».

El anuncio que nuestro hombre vió, «entre las apretadas columnas», fué el de la Emulsión Scott, el del «marino que lleva á la espalda un enorme *pez*».

Un *pez* que se lleva á la espalda ya es pescado.

Luego nos habla de unos hombres que llevan «calzones cortos sobre las panto-rillas».

Los calzones, sin ser cortos, sólo llegan á la rodilla; si son cortos no llegarán á ella, y por lo tanto, mientras la anatomía humana no se modifique, no podrán llegar á las panto-rillas.

También hay veraneantes que llevan á la cabeza «panamá ó sombrero», lo que me hace dudar si el panamá es ó no es un sombrero.

Hay para Blasco «avalanchas de tonos uniformes»; esto me parece un desatino y un galicismo que repugna á los chicos de la escuela.

Pero en cambio ha estado afortunado al decir «la mancha roja de la Legión de Honor», porque tal y como están las cosas en Francia, la Legión de Honor es una verdadera mancha, sea del color que se quiera.

Nos habla de «militares venidos de lejanas Francias», que deben ser lejanas colonias, y de que las *cocottes* de Vichy son «ortodoxas, heterodoxas, hebreas»... No señor; esas que llama usted ortodoxas, son republicanas y anticlericales; partidarias de usted, vamos.

Lo *principesco* le encanta, y «pide perdón á todas las espaldas que empuja á su paso».

Es de mala crianza pedir perdón á las espaldas. Pero váyale usted á Blasco con estas cosas de urbanidad y buenas maneras.

Para Blasco los osos tienen «colmillos sonrientes». Es un descubrimiento que le agradecerán los naturalistas.

No tiene noción del uso del *le, la, lo, los, las*, y los emplea á voleo, caigan donde cayeren.

Á los mahometanos «los insultarían llamándolos»...

Hay en *Oriente* «nubes rastreras como altivos montes».

No sé lo que quiere decir esto; porque yo creía que rastrero era lo contrario de monte, y más aún de altivo.

Llama *isleta* á un islote. Esto debió aprenderlo de la *Colombine*, que también llama *is-*

lita á un islote en su desdichada traducción de *Dafnis y Cloe*.

Hay para Blasco mujeres *pechonas* y debe pedir privilegio por el invento de esta palabra, como de otras muchas con que enriquece la *anémica* lengua de Cervantes.

Llama la atención una fila de «soldados sonrientes y sonríen», y el sonriente lector sonríe al ver el poco chirumen de Blasco, el de la «inmensa copa del lago», el de las «sublimidades», etc.

Krüger, en castellano, no se escribe así: sobran los puntos diacríticos. Los franceses escriben Krüger, Tolstoï, etc., para mantener puros los sonidos *u*, *oi*. En castellano sobran esos puntos, porque sin ellos pronunciamos *u*, *oi* perfectamente.

Sigue Blasco:

«La guardiana lleva introducido en uno de sus índices una enorme llave.» Al revés te lo digo para que me entiendas. El dedo índice es el que se introduce en la llave, y no ésta en el dedo. ¡Pobre guardiana y qué mal la quiere Blasco!

«No encontraban en Europa tierra donde colocar los pies.» Aparte de la exageración, se dice poner los pies y no colocarlos.

«Un fuerte convento.» No hay tal fortaleza; será un gran convento, un buen convento.

«Llegaron *hasta á* intervenir.» Aparte de lo feo del *hasta á*, sobra una de las preposiciones: «llegaron á intervenir».

«Nuestra madre Grecia.» Éste es el que decía: «todo por Valencia». Pero ahora, como el pícaro de *Los intereses creados*, declara á Grecia madre adoptiva.

Hay en el balneario «señores condecorados con un *tíc* de monomaniacos en sus hostas facciones», sin dar premio al que acierte la adivinanza, y estos mismos señores están «pálidos con una palidez», que viene á ser como aquellos «sonrientes y sonríen».

También tienen unas «cejas gruesas y unidas como una barra de tinta», que habrá de estar unida y ser gruesa por precisión, porque si no, adiós figura... triste.

Una «divinidad majestuosa» me parece algo así como una sortija de oro plateada.

«Yo he conocido un viejo»; pero no la Gramática castellana. Se dice «á un viejo».

«Las verdes colinas se abren, mostrando por el ancho desgarrón una superficie glauca.» Abrir no es desgarrar. Si las colinas son verdes y la superficie que mostraba el desgarrón era también verde, no sé cómo vió Blasco la abertura y el desgarrón y la superficie.

«El aire de familia se marca», es una frase muy familiar que revela la inspiración de su autor, el cual, cuando se remonta un poco, ve «palomos con plumas metálicas», esto es, con plumas de escribir.

Un invierno germánico puede pasar, pero no *germánido*, y menos que muerda «con sus

dientes negros», porque los inviernos, por muy *germánidos* que sean, no tienen dientes.

Y acaba el artículo diciendo: «Es una Atenas... Pero pasada por cerveza.»

¡Chistoso!

Nos vamos á Baviera en «artística peregrinación», y allí vemos nibelungos enanos (no los hay gigantes), y artistas que trabajan gratuitamente y «dan dinero encima». ¿Encima de qué?

Hay allí «público híbrido en su aspecto exterior» y «gruesos y rubicundos sacerdotes católicos». Todos los sacerdotes, ya se sabe, son gruesos y rubios.

Llegamos á «Mozarteum», y dice que Mozart se llamaba Wolfgan Amadeo. Esto es una tontería.

Wolfgan (y no Wolfgan), es palabra alemana, que significa Amadeo.

¡Y que esto lo escriba un hombre que pomposamente dice que ha traducido del alemán las obras literarias de Wagner!

El autor del *Don Juan*, se llamó Amadeo Juan Mozart.

Este obtuvo un triunfo en Milán, y el público le sacó en hombros del teatro gritando: «Eviva il maestrino»; que no, hombre, que no.

Eviva no es palabra italiana. Será *é viva*.

Dice Blasco:

«Mozart, roído por la tisis y perturbado por las supersticiones que acompañan á toda enfermedad, le parece que el hombre vestido

de negro (el que le encargó la misa de *requiem*, y no misa de muertos) es la misma Muerte (con mayúscula, para que meta miedo) que viene á anunciarle su próximo fin y se lanza á escribir la famosa Misa de Requiem, convencido de que se estrenará en sus propios funerales. ¡Las noches de cruel insomnio, con la certeza de que toda nota trazada es un segundo menos de vida, de que avanza el temido final...»

Todo esto es pura fantasía, desmentida por D. Tristán Medina en su obra *Mozart ensayando su Requiem*. (Madrid 1882, pág. 19.)

«Parecía en sus últimas horas más infante, más gracioso que nunca y más apasionado, así en sus palabras como en el interés con que se ocupaba de mil cosas diferentes, y también más lleno de aquella vida escultural perfecta.

Jamás llegó á creer que se estaba muriendo.

El sacerdote, íntimo amigo que le visitaba con frecuencia, salió el día anterior de aquel cuarto diciendo: «Ni creyó jamás, ni creerá nunca en la muerte.»

Me parece que las fantasías de Blasco no pueden ser desmentidas más rotundamente.

En el mismo artículo nos habla de sombreros de «felpa verde ó acaramelada».

Acaramelada significa tanto como parecida al caramelo, y la característica de éste no es el color, sino el sabor. De modo que nos

quedamos sin saber de qué color son los caramelos... y los sombreros de felpa.

«La cristiandad papal» es un desatino; se dice simplemente la cristiandad. La misa no se «desarrolla»: se celebra.

Luego nos habla de «anular á Francia creándola el vacío». El vacío no se crea, se hace.

También nos dice que para Mozart, «la manteca era lo más dulce», y sería por no conocer la felpa acaramelada con que Blasco fabrica sombreros.

«Se dignó llamarlo» (á Mozart). «En Versailles *le* besan y *lo* adormecen». Así, *le* y *lo* para que todos estén contentos.

Sigue el chiste de la «Europa... europea» y de «avalanchas», y hace construcciones tan puras como esta: «Una gran parte sólo *gozan*.»

«La inmensa mayoría» debe ser la mayor parte. No hay «pesetas austriacas».

La Academia manda que los nombres propios se escriban en castellano. Así: *Elisabeth*, es Isabel; *Mohamed*, es Mahoma, y *Jesuhá*, debe ser Jesús ó Jesucristo.

Iba en el tren Blasco y vió sandías con boca de púrpura, «anunciando que Oriente está cerca».

Tengo la completa seguridad de que si esas sandías con boca son llevadas á una exposición agrícola han de obtener un premio en metálico.

«Truena el suelo de los muelles y pasa un carruaje.» Será la señal de aviso ese trueno.

«Sobre la ondulante cresta está el San Matías, iglesia...» Se dice San Matías, sin *el* que valga.



CONTINÚA LA CARGA

De *Kiskörös*, digo como de Krüger: sobran los puntos diacríticos. «Un hotel de *pretencioso* título» es un giro gálico apestante.

«Veo bebiendo á media docena de popes.» ¿Quién bebía? ¿Los popes ó Blasco? Si eran los popes debió decir: «Veo á media docena de popes que bebían...»

«Escoger con más seguridad cuando llegue el momento de la *rebatña* general. Donde dice *rebatña*, léase *arrebatiña*. Y conste que la palabra quiere decir lo contrario de lo que Blasco quiere.

Porque Blasco, en el momento de la *arrebatiña* quiere coger con más seguridad, cosa que requiere calma y discurso, y a *rebatña* es «acción de coger entre muchos aceleradamente».

En la *arrebatiña* no se coge con más seguridad lo que se quiere; se coge lo que se puede.

«En Holanda y en los Países Bajos creen que en España son capaces de quemar (¿de

quemar qué?) por una simple errata en una oración.»

Pero usted debió convencerles de lo contrario enseñándoles sus libros y su persona *incólume*.

Si la creencia de los holandeses fuera verdad, ¿dónde estaría Blasco?

«La dulzura de los turcos se manifiesta por un gran respeto á los animales», y por la matanza de cristianos debió añadir.

«Las grandes hambres.» No hay hambres que valgan.

«Minaretes sutiles y blancos como la plegaria del buen creyente... y en cuya cima tiembla.» ¿Cuya es la cima?

No se llaman minaretes sino alminares, pero el buen señor prodiga la palabra hasta el fastidio.

Las plegarias del buen creyente (este buen creyente es el turco, no confundamos) no sé que puedan ser blancas.

«Les abren las carnes con amenazas de hogueras y degollina.»

Por miedo que sea un hombre, una amenaza de hoguera no le abrirá las carnes, ni aun las mismas hogueras lograrían abríselas. Las hogueras queman, tuestan, carbonizan y reducen á pavesas la carne, pero no la abren.

Las mujeres de Belgrado «sobre la ropa interior, de dudosa blancura, llevan arrollada, á guisa de falda, una pieza de tela».

¿Ha visto Blasco la ropa interior de las mujeres de Belgrado? Si las ha visto no puede dudar de su limpieza y si no las ha visto no debe juzgar á la ligera.

A modo de falda se colocarán la pieza de tela de cintura abajo. ¿De cintura á cabeza no llevan ropa interior? Y si la llevan, ¿sobre ella también se ponen la pieza á guisa de falda?

Vaya, hombre, y en qué interioridades se mete este Blasco.

«Señoritas de ojos asiáticos y sombreros copiados de París que pasean por la calle.»

Por mí que paseen estos sombreros, sean ó no acaramelados.

Por cierto que estas mujeres (y tal vez los sombreros) van «seguidas de estudiantes y cadetes», como si los cadetes no fueran también estudiantes.

Blasco ha visto «bueyes con las astas echadas atrás». No son echadas; serán retorcidas ó inclinadas porque lo otro supone que el buey tiene la facultad de cogerlas y echarlas atrás, á la espalda pongo por caso.

También ha visto «corderos majestuosamente enormes», y me place el saberlo porque desconocía fuera ese un imperativo de enorme.

Ya ven nuestros lectores la corrección de Blasco al hablar de los animales. Les emplazo á que se fijen cuando hable de las personas.

Desde el Gran Puente de Constantinopla Blasco ve «barcos cubiertos de gorros rojos». No se trata de barcos mercantes, sino de barcos llenos de hombres con gorros; pero á nuestro novelista le gusta más decir las cosas desatinadamente.

Estos vapores son una «granjería de vaporcitos». He aquí un nombre colectivo muy nuevo y hasta tabernario.

Las gaviotas están «ébrias de sol y de azul». Pase la figura en lo que respecta al sol, pero no en el azul.

Con cierto azul podrán envenenarse, pero embriagarse no.

El azul no es azul, porque las nubes son «pardas de doradas transparencias».

La gama sufre una verdadera revolución: ya verán ustedes más pruebas á su debido tiempo.

«Remeros negros, en cuya popa (¡Blasco!) se muestran damas misteriosas cubiertas con antifaces.»

Si son misteriosas, por ir cubiertas con antifaces, ya no se muestran. No se muestra una tapándose, si Blasco no manda lo contrario.

Dichas damas cubiertas «sólo dejan ver los pintados ojos». Los antifaces, por regla general, sólo dejan ver los ojos, pero los ojos no se pintan. Los que pueden ser pintados son los alrededores, como diría Blasco; y éstos van tapados por el antifaz.

¡Ve usted qué desgraciados párrafos escribe, señor Blasco!

«La media luna arde bajo los rayos del sol». No arde; refleja la luz solar.

Blasco no tiene enmienda. La vida real le parece siempre el escenario de un teatro: «El cielo es un telón de seda». La ciudad está partida «como los bastidores de un teatro». Figuras como estas hay más en el libro.

«El fez iguala á oficiales y marineros». Falso: nunca se ha atrevido nadie á decir que el ros con funda blanca ó negra iguala á oficiales y soldados españoles.

Blasco oyó «gritos que parecían rasgar el espacio (ya es rasgar) como disparos cruzados». ¿Han entendido palabra? ¡Pues yo tampoco!

«Los centenares de gorros rugían al contestar». Nuevo descubrimiento: gorros que rugen.

Luego nos habla en turco:

¡La Ilah il Allah ve Mohammed, resoul Allah!

Esto debe estar mal escrito, de seguro, y eso que yo no entiendo *jota* de turco.

Pero quien dice en castellano una cantidad de perros, en alemán, *Wolfgan* por *Wolgam*; en italiano, *Eviva* por *é viva*, etc., etc., ¿cómo he de creer que escriba bien en turco?

«Los perros de Constantinopla pasan cortes». Están muy bien educados estos animalitos.

«Miles de gorros oscilan al marchar». Nada, que los gorros marchan, oyen, contestan, piensan y quieren.

«Los oficiales marchan con el sable bajo el brazo». Aunque lo lleven colgando, es bajo el brazo. Blasco quiere decir debajo del brazo, pero no ha acertado.

«Saltan las palabras». Y los desatinos.

«La alegría dorada (aquí todas las cosas tienen su color especial, para que Morote pueda decir que son cuadros de color) que el sol oriental comunica á las mayores suciedades». ¡Qué ideas más elevadas!

«Por el puente pasa toda Constantinopla, tronando la madera bajo los pies». Tronando no pasa. Ya veremos estos gerundios más adelante. No es bajo los pies, sino debajo de los pies.

Luego añade:

«En Constantinopla hay judíos que hablan un español extravagante.»

Lo mismo ocurre en España. ¡Hay cada judío novelista!

Blasco tiene un amigo en Constantinopla que habla doce lenguas.

¡Si las habla como Blasco escríbel!

Y como el dicho parece *pretencioso*, como diría Blasco, quiere probarlo.

«Perora con el cónsul inglés (una lengua), hace una defensa en turco (2), escribe una demanda en griego (3), ó en ruso (4), y

acaba su jornada expresándose en español (5)». Total 5; no salen las 12.

Y vuelve á la carga por si alguno persiste en la duda:

«Saluda en turco (1), conversa en griego (2), dialoga con un francés (3), ó un italiano (4)». Nada, que no salen las 12 lenguas.

¡Eres turco y no te creo!

Blasco habla de la lengua turca, y dice: «yo no entiendo su lengua». ¡Ni la nuestra!

Tiene pensamientos altamente filosóficos.

Véase la clase:

«La moral y la decencia son frágiles invenciones humanas.» Frágiles deben de ser cuando Blasco las ha roto...

El oído de Blasco es una balanza que registra «pesos... inauditos».

Repite como la cebolla. Cuando coge una muletilla no la suelta ni á tres tirones. Le viene á las mientes el libro *Las mil y una noches*, y ya se sabe, las riquezas son como en *Las mil y una noches*, esto parece un cuento de *Las mil y una noches*, esto otro es tan fantástico como un cuento de *Las mil y una noches*, y así continúa su milinnadiesca tabarra.

Oyendo al gran Visir pierde el tiempo..., la noción del tiempo quiere decir.

«Tomamos asiento y empieza (presente), su expresión era (pasado), los subordinados seguían (pasado), el Gran Visir recobra (presente)», y así va saltando como el borracho del cuento, de Pinto á Valdemoro.

«Su Excelencia el marqués de... *Lo conocemos; le vemos...*» Es una mariposa del artículo castellano.

Un turiferario del autor dice que Blasco no está pendiente de un adjetivo, ¡ca! Como que los suelta sin ton ni son. Le pasa lo que al ciego del cuento, que entraba en una cuadra, ponía la mano sobre las caballerías y decía con aplomo: esta es blanca, esta negra, esta castaña... Y no acertaba nunca por casualidad... más que en dar la castaña.

Vean ustedes si es acertar escribir «bárbara marcialidad».

Esa sí que es castaña.

«Las palabras, las risas y los cuchicheos caen de las ventanas...» ¿Y se hacen daño? ¡Pobrecitas palabras!

«Marchan con una regularidad de simples soldados. Son los generales.»

Se ve á la legua que Blasco no ha servido al rey. Y eso que el hombre gritaba en cierta ocasión como un loco: ¡Que vayan todos, pobres y ricos!... y él iba... á redimirse por 300 duros...

Se ve, digo, que no sabe una palabra de milicia. Lo del chico del cuento, que tampoco sabía jugar á nada.

Pero lo malo no es que no sepa, sino que se empeña en escribir de asuntos militares.

«Un silencio absoluto, absolutísimo.»

¡Andaluz!

Pasemos por alto un «balcón de encajes»

para fijarnos en «un canto que rasga el denso silencio». El canto no es rodado; es una canción. Ya no tendremos más silencio si no lo remiendan, puesto que lo rasgó un canto... rasgador.



YA ESCAMPA

«El almuerzo es bueno;... pero más notable es el comedor». ¡Vaya una galantería que gasta usted con el anfitrión!

«El sol hace temblar las aguas con chisporroteos de oro.»

Con chisporroteos no se hace temblar nada, y menos el agua. El líquido se mueve naturalmente y al reflejar los rayos del sol parece como que chisporrotea, como que produce chispas.

Seguidamente encontramos «un lago donde pesca y navega á vapor». Si trañeros y jeiteros se enteran de ese nuevo sistema de pesca, se acababa en un periquete el pleito que sostienen.

Continúa nuestro viajero dando notas de color: «El mar de Mármara une su azul al azul del cielo.»

Este azul no es azul.

«...al azul del cielo blanqueado por el sol.»

¡Hombre, no engañe usted á las gentes dándoles azul por albayalde!

«Los agudos minaretes (y vuelta con los minaretes) semejan los mástiles de blancos navíos encallados é invisibles.»

Si los navíos son invisibles ¿cómo vamos á saber si son blancos?

«El fez, cobertera de los otomanos.»

Cobertera..., cobertera... Ah, sí; son las tapaderas de cacharros «cociniles». ¡Bonita imagen!

«Una coraza gruesa como coraza.»

No sé cómo es la gordura.

«Una coraza gruesa como coraza de oro.»

Ahora lo entiendo menos. Lógicamente se debe suponer que una coraza de oro ha de ser muy delgada, por el elevado precio del «precioso metal». Este precioso es mío; á cada cual lo suyo.

«Los dorados paláfreneros...»

¿A fuego ó por precedimientos químicos?

De motes continúa el hombre mal. Cada vez tiene menos acierto al adjudicarlos.

«El tumulto de generales». «Perros de espeluznante blancura...»

Los perros riñen. «Una ruidosa batalla pone en conmoción á la calle».

Traslade esa preposición subrayada á la oración aquella en que conocía usted «un viejo», y quedarán las cosas en su lugar.

«Los perros flacos y piojosos (delicadísi-

mo...) tienen una gravedad de gentes bien educadas.»

¡Ya lo dije antes! ¿Si serán del cuerpo diplomático estos canes? Tan bien educados son, é instruídos, que dan «conciertos de aullidos».

El viajero goza más que en Bayreuth con la música de Wagner, puesto que se «duerme arrullado por la tempestad de ladridos».

Por lo visto en Constantinopla ocurren las cosas más raras del mundo. Como que «una avalancha (¿repite el hombre?) de viajeros» sufre una «acometida de aullidos» poco después que «crece el zumbido de las risas».

Tengo que decirle al descubridor de Oriente que «una iglesia de monjas» es un convento en toda tierra de garbanzos.

Esto lo digo con toda la voz, no con «barboteo senil de palabras incomprensibles» como usted dice.

Apúntelo usted para que no se le olvide en «el libro abierto hasta la barandilla del coro» y luego ya puede hablarnos todo lo que quiera de los «andrajos de oro».

«Primero es un paraguas, luego un globo, después un paracaídas.»

Un paracaídas es menor que un globo en esta clase de progresiones. Se puede decir: primero parece una naranja, luego una granada y después un melón, aunque hay melones y granadas menores que una naranja.

Y á propósito de naranjas. Blasco ha vis-

to «faldas rosadas, azules, vinosas, amarillas y naranja...»

¿De la China? Se dice anaranjadas.

El mismo ha oído «el aleteo del pesado paño», que si es pesado no sé cómo puede aletear, «cortando (y gerundiando) el aire y el roce de los pies». ¡Cuántas cosas corta ese aleteo de paño pesado.

¡Qué pesado, Blasco, qué pesado!

«Las flautas balan como cabras locas.»

Las flautas no balan nunca, ni las cabras, por locas que sean, balan tampoco. Balan las ovejas y los carneros.

«Konia, la ciudad á donde aun no ha llegado la influencia europea que atrofia y envilece á la vieja Turquía.»

Esto me parece una verdadera *konya* del autor.

«Las fuentes... desgranando sus surtidores.»

Las aguas no tienen granos y mal pueden desgranarse.

Antes hemos visto paños cortantes y ahora vamos á ver que «centenares de palomas aletean, cortando el silencio», que debe ser cosa difícilísima, y más aún, algo así como «magestuosamente difícil» si el silencio que cortan es un «silencio animado».

«El agua mansa bate el pie de la colina.»

No será mansa, Sr. Blasco; porque si es mansa no bate. Y si bate hay que decir aquello: del agua mansa nos libre Dios...

«Las odaliscas, cosidas dentro de un saco», son arrojadas al río, según quiere el autor; pero no debe ser así; los cosidos son los sacos:

«Los gnomos... al fin giran chirriantes las hojas de cedro.» ¿Los gnomos chirrían? Será «los gnomos giran las chirriantes hojas».

Pero no chirriemos mucho, no vayamos á romper «el silencio conventual del Serrallo», es decir, el silencio del convento del Serrallo. ¡Qué cosas dice este hombre, por no saber ningún juego y empeñarse en jugarlos todos.

Los grupos se deshacen, se «disuelven» según el *caló* moderno, pero no se desgranan, como quiere usted.

La Academia manda que los plurales de maniquí, rubí y pachá, sean maniquies, rubies y pachaes. Será cosa de poca monta, pero hay que respetarlo, si queremos escribir correctamente.

«Los reyes católicos, especialmente nuestro Carlos V.»

Como nuestro no fué Carlos V, sino Carlos I. Nuestro Carlos V, fué el hermano de Fernando VII. Pero á éste no le concederá usted el título de rey ni casi el de católico.

Blasco ha visitado al Patriarca de Constantinopla y nos dice muy contento que éste le llamó «Blascos Ibañides», y á cambio del regalo de tres letras, le echa en cara que cobra un sueldo «inaudito», como el peso de marras.

La tez del Patriarca es «de un moreno rojizo» (no quiere gastar puros los colores) y sus ojos son «de mando, que se esfuerzan por ser dulces», y que «parecen gotas de densa tinta».

No quiero decir nada de lo «*de densa*» ni recordar que á Blasco la vista de una cara le sugiere la idea de la tinta; cejas como barras de tinta; ojos como gotas de tinta...

«Cobran por repetir al ministro cuanto ven y cuanto oyen.»

Contarán lo que ven, y repetirán lo que oyen, si á Blascos Ibañides le parece.

«Faldamenta que deja ver las pantorrillas.»

Si dejaba ver las pantorrillas no era faldamenta, era faldilla.

«Pero las grandes damas, las esposas de los pachás (hemos quedado en que son pachaes), y los turcos.»

Blascos Ibañides no quiere decir eso, pero le ha salido así; ha querido decir las esposas de los pachaes y las de los turcos.

«Comiditas» no es castellano, y los pájaros, por muy locos que sean (otra vez la locura en danza), no charlan.

«El encierro (que no es tal encierro, pues la turca sale á todas horas)». ¡Pues usted se lo dice todo!

Blasco ha visto á un señor con el fez «eternamente calado». ¿Usted está seguro de haberle visto... eternamente...?

«Una pareja de niñas mal comidas.»

¡Hombre, ni tanto ni tan calvo! Estarán mal alimentadas.

Sintaxis oriental. «Los precios... (plural) varía (singular)».

Luego nos dice que hay «gorduras blancas» y que los eunucos son «signos de poder».

«Hasta que la arena cicatriza la cuchillada atroz ó se les va por ella la sangre y el alma.»

Una cuchillada es el golpe que se da con un cuchillo. Un golpe no se cicatriza, ni por el golpe pueden salir sangre y almas.

«Unas facciones entre rojizo y verde». Aquí ha dejado la tinta y ha recordado el pimienta á medio madurar.

«La nariz avanza sobre una barba de negro azulado.»

Yo creo que no avanza sobre la barba.

Ya tenemos azul parduzco; azul blanqueado, moreno parduzco, entre rojizo y verde y negro azulado. Adelante.

«El permanece *en* la piel del cordero». Se dice sobre la piel, maestro. *En*, es otra cosa.

«La crispación de su rostro lustroso y en su morada completamente blanca». Esta vez no hay colores dobles; tal vez sea por la crispación.

«Ruedan sobre el entarimado los cuerpos... lanzando aullidos.»

¿Qué cuerpos son esos que aullan?

«Las viajeras occidentales huyen desfallecidas.»

Será al ver cuerpos que aullan. No estarían muy desfallecidas cuando aun tenían fuerzas para huir.

«Se prepara á hacer la oración».

¡Aaaaaah!

Unos «derviches con lanuda cabellera», esto es, con lana de pelo, ó pelo de lana, «balancean sus cabezas como si estuviesen muertas».

No; si estuviesen muertas no balancearían. Pero aquí, donde las señoras desfallecidas huyen, también pueden balancear las cabezas muertas.

«El sudor rueda por el cuerpo de los negros cubriéndolos de una capa húmeda y goteante».

Si solamente es húmeda, no gotea; y si gotea, es algo más que húmeda.

A la cofradía le ha tocado en suerte ser «movible». Más vale eso que un color raro de los que Blasco compone en su paleta.

Ha salido mejor librado que «las mujeres esqueléticas», «la rumorosa soledad» y «la sobriedad serena y tranquila».

«En ninguna parte del mundo existe la libertad religiosa *que* en Constantinopla». Ese que, no es que; es como.

«Los grandes barcos que escupen muerte». Los barcos, en sentido figurado escupirán fuego, pero no muerte. Y eso de escupir no me parece muy elegante, que digamos.

«¡Chap! ¡chap! susurran las olas del Mar-

mara». Mal oído tiene el Ibañides para la onomatopeya. *Chap chap* indica el acto de golpear el agua del suelo con los pies, y esa palabra ha dado origen al verbo chapotear.

Después de «las gargantas del vacío» que con ruedas de molino pueden comulgar, vienen unos «cráneos que iban apilándose» ellos solitos, sin ayuda de nadie, y un «mar encajonado» para la corrida próxima.

«No beben sino cuelan». Esto es lo contrario de lo que intentaba decir el autor. Se puede tragar más agua bebiéndola que colándola.

«Las luces modernas tienen el estallido deslumbrante y brutal.»

No será estallido, hombre. El estallido brutal lo tenían las bombas de Barcelona.

Dos nuevos colores vienen á continuación: el «negro de cúpulas», y «la blancura funeraria».

A la «luna anémica» hay que darla Emulsión Scott, aquella del pescador con «el enorme *pez* á la espalda», á ver si mejora.

«La luz tiembla como una lágrima amarilla». ¿Cómo temblarán las lágrimas amarillas?

«Luces y luces». ¿No estaría mejor «luces y más luces?».

No hay «frailes multicolores»; no se dice el «pído de los pájaros»: será el pío, el pío pío, ó el píar.

«Una túnica pintada de diablos y serpien-

tes y la procesión...» ¿También la procesión estaba pintada en la túnica?

Como antes había dicho «el turco más turco» y al hombre debió parecerle chistosa la salida, ahora nos encaja una «Europa europea» que parte los corazones.

No se dice exprés, sino expreso: México es Méjico, y anexo se escribe anejo. Ya hace años que la Academia transformó la x en j. ¿Dice usted acaso relo~~x~~ y re~~x~~a?

«El *costillaje* me duele...»

¡¡Se me crespa el *cabellaje*!!



MONOTONÍAS

El libro es de lo más monótono que pueda pedirse.

Sólo para muestra quiero ofrecer á ustedes unos ejemplos:

«El *monótono* canto de los grillos.»

«La letanía *monótona*.»

«Los derviches se mueven con *monótona* regularidad.»

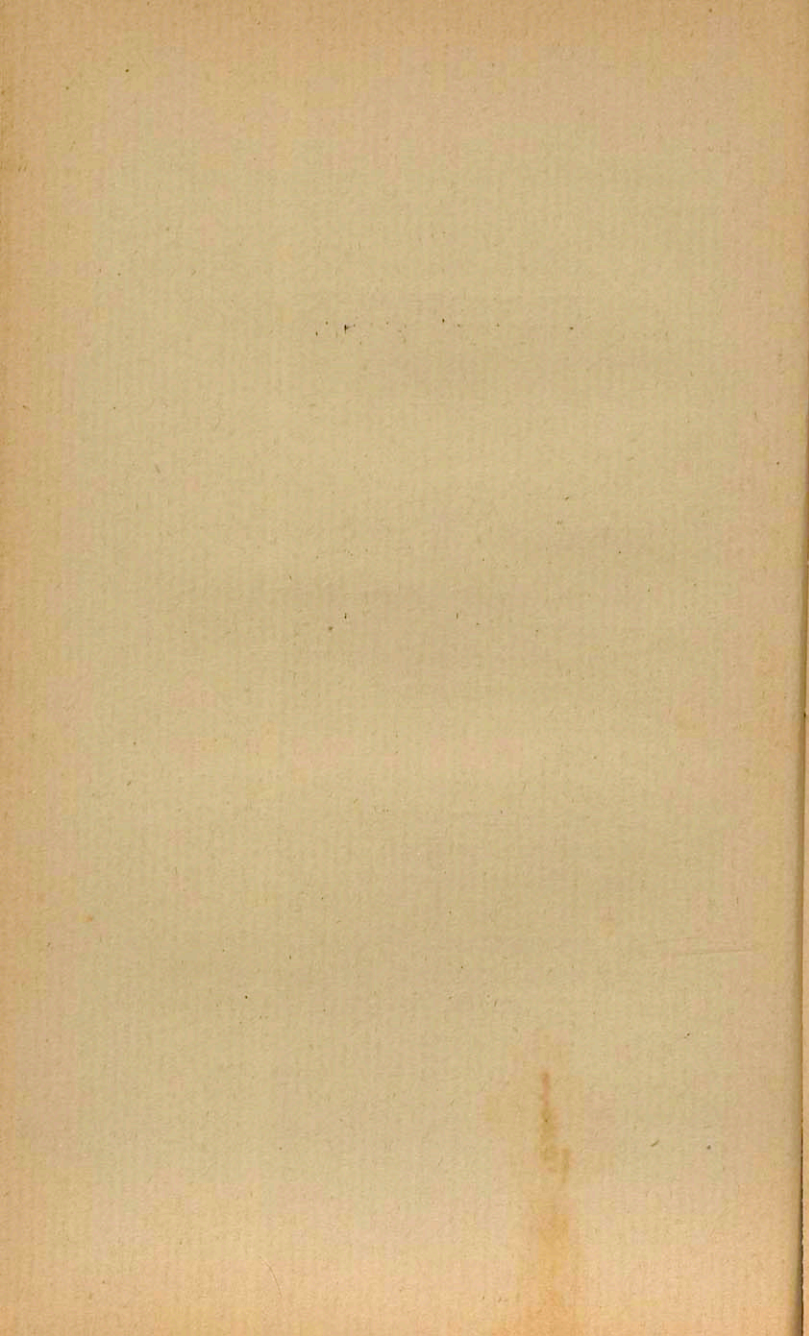
«La repetición *monótona* de su plegaria.»

«La aplastante *monotonía* de las murallas.»

«El *monótono* camino.»

Pero dejemos esto que es demasiado monótono.

No soy vengativo. Me he aburrido *majestuosamente* leyendo el libro y no quiero hacer partícipes de mi murria á los lectores.



Cortes, Recortes y Rupturas

Dejemos la anterior muletilla para coger otra:

«La letanía se *corta* con gritos.»

«El Cuerno de Oro veíase *cortado* incesantemente por las galeras.»

«Los mocetones *cortan* el paso de los transeuntes.»

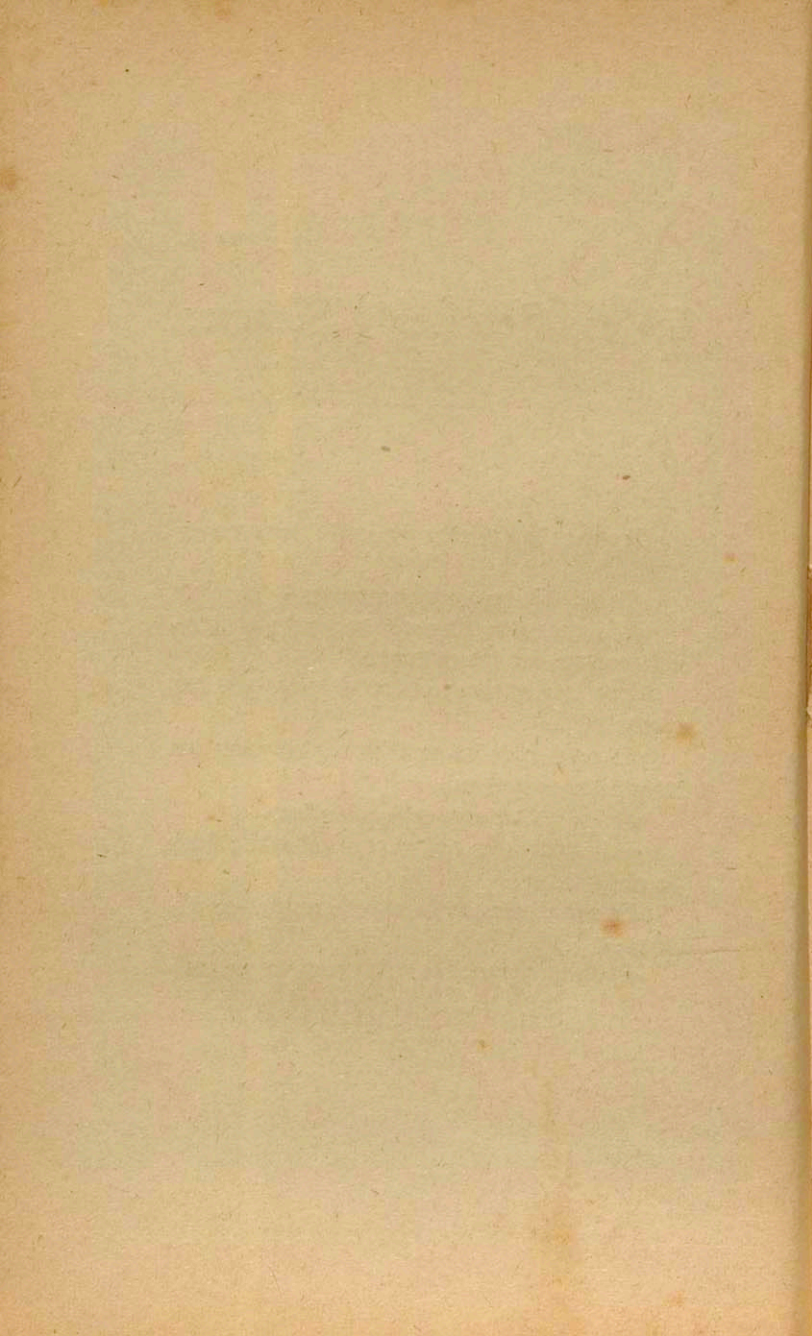
«El verdor de las sandías *cortado* por las inscripciones árabes.»

«Revoltijo de espumas *cortadas*.»

«Los minaretes *cortan* con su blanca línea un cielo suave.»

«Stambul *recorta* su silueta negra de cúpulas.»

«La luna *rompe* sus reflejos en las aguas.»



BAJEZAS

Las hay á granel.

«Al través de ellos se ve *abajo* parte.»

«Veo cabrillear *bajo* la lluvia de oro del sol.»

«Abrumadas *bajo* la enormidad al respetito.»

«Las vitrinas palidecen *bajo* el polvo.»

«Me extraña que los viejos uniformes no están rígidos *bajo* una capa de bordados.»

«Se reciben á los embajadores *bajo* un techo.»

«No se respira con frecuencia *bajo* unas bóvedas.»

«*Bajo* sus bóvedas se consagraron.»

«Los soldados están como muertos *bajo* la doble mortaja de la disciplina militar y el fervor religioso.»

«*Bajo* tapices de seda, con flores doradas llegan las humeantes tacitas de café.»

«Un crujido de arena *bajo* la marcha de muchos pies.»

«Pasa *bajo* las ventanas.»

«Una muchedumbre aguarda *bajo* el sol.»

«Dormir *bajo* el susurro de las brisas.»

«Un ancho camino pasa por *debajo* de la ventana.»

«Los pequeños caballos turcos parecen más diminutos *bajo* la obesidad de sus jinetes.»

«Desfilan con su cara *bajo* su pequeño gorro.»

«El agua salta *bajo* una gran cúpula.»

«Las calles resuenan *bajo* los pasos de los transeuntes.»

«*Bajo* los rayos del sol.»

«Encabritando su fealdad *bajo* el acicate religioso.»

«Las damas sonríen *bajo* sus velos.»

«Las mujeres llevan *bajo* el dominó bandadas multicolores.»

«La ribera europea desaparece como abrumada *bajo* el peso del caserío.»

«Los parasoles se agitan *bajo* el viento.»

«Nadie transita *en* (debe ser *por*) este bosque *bajo*.»

«Constantino cayó de los muros y siguió luchando hasta desaparecer *bajo* un montón de cadáveres.»

«Es una cisterna *bajo* una cúpula.»

«La música toca *bajo* las ventanas.»

«Ocupando grandes carrozas y *bajo* la escolta.»

«*Bajo* sus orientales velos delatan la frescura.»

«Por la imprudencia de los padres llevan *bajo* las vestiduras la misma alma.»

«Los *hamal* encorvados *bajo* sus cargas.»

«Sólo así, *bajo* la amenaza del castigo.»



Respeto á las personas

Hemos visto la corrección del escritor cuando hablaba de los animales. Véase ahora la delicadeza con que trata á las personas.

«El musulmán se abalanza como *bestia* famélica.»

«*Aulla* el populacho.»

«Acompañado de *aullidos*.»

«Una alegría *bestial*.»

«La muchedumbre da una aclamación *feroz*.»

«Los soldados *rugen*.»

«Los derviches tienen las caras *feroces*.»

Un oficial de la escuadra turca tiene la nariz «de *caballo leal*».

Los ojos de este oficial «reflejaron una extrañeza hostil y *salvaje*».

«Los soldados al pasar lanzan el *rugido* de ordenanza.»

«Después vuelven á *aullar*.»

A las esclavas las llama «*bestiezueltas*» y «*animalitos*».

«Sale el *rebaño* femenino.»

«La cofradía semeja una aglomeración de *fieras amaestradas*.»

Los derviches «lanzan *aullidos*».

«Sus voces se convierten en *ladridos*.»

«El turco discurre en *salvaje*, línea recta.»

«El soldado turco es lo más leal, lo más noblote y al mismo tiempo lo más *salvaje*.»

«Los mocetones *semisalvajes*.»

«Soldados *semibárbaros*.»

«Junto con estos *salvajismos*.»

«Este *salvaje* disciplinado da un *mujido* de asombro.»

«Un *rebaño* de viajeros ingleses.»

«¡Pero qué *tíos tan brutos* eran los duques de Saboya!»

«La asamblea se agita como la *jauría*.»

«*Gruñía* el pueblo.»

«La muchedumbre da sordos *rugidos*.»

A una Princesa la llama «*granujenta* y *fea*».

«En Belgrado los hombres tienen los ojos *salvajes*, los bigotes *felinos*.»

«Servios *bárbaros*.»

«Alejandro y Draga fueron hechos pedazos como una pareja de *bestias dañinas*.»

«*Odiosa* población de provincias.»

«Monjes *bárbaros*.»

«El tropel (singular) de *lobos* de las grandes potencias cada vez *aullan* (plural).»

«Las turcas tienen ojos de *vaca tranquila*.»

Las tumbas de un cementerio turco parecen «un *rebaño* inmóvil» y las lápidas, no sé si del mismo ó de otro cementerio, le parecen «corderos *rumiando* inmóviles».

Mal rumiarían si estaban inmóviles.



BLASCO MAHOMETANO

Poco interés tiene para el lector de este folleto el saber si Blasco es ó no mahometano.

Todos sabemos que no es católico, pero siempre será una «curiosidad» copiar algunos párrafos que demuestran las simpatías de Blasco hacia las cosas de la religión de Mahoma.

«La fe ciega del mahometano es «fervor religioso que inspira respeto».

«El Patriarca es majestuoso».

«La religión del Profeta nunca habló con desprecio de la mujer, ni vió en ella un sér impuro, un aborto del demonio.»

Un derviche, «aparte de su poder de hacer milagros, es el hombre más hermoso de Constantinopla».

«El buen turco.»

«La fuente milagrosa de Zootocos.»

«El sabio Mohamed.»

«Vive el musulmán sin nada de europeo que desfigure y envilezca su existencia.»

«La respetable cofradía de los Derviches Danzantes.»

«La santa mezquita.»

«Sobre las tumbas de los derviches están los turbantes que usaron los varones bienaventurados.»

Los derviches son «sagrados ejecutantes».

«El cantor lleva una prenda venerable, con la respetabilidad de varias generaciones sacerdotales.»

«Los santos hermanos de la cofradía.»

«La santa Meca.»

«La Santa Mezquita de Eyoub.»

«Los respetables gnomos del Serrallo.»

«Un rosario musulmán que acabo de comprarme.»

El Patriarca «Joaquín II es bueno y tan generoso...»

«Los retratos de los patriarcas son cabezas venerables.»

«Joaquín II es un venerable gigante (y asonante).»

Y para no «fastidiar á la reunión», sólo copiaré otro párrafo que vale por todos los anteriores.

«Aunque este árabe majestuoso engañe á los suyos... hay en sus actos una gran nobleza.»

Pedir más es gollería

LLUVIA DE GERUNDIOS

Son tantos los gerundios desparramados por el libro que, como los Papas del chico de la conocida comedia, no pueden contarse. Blasco ignora por completo el buen uso del gerundio.

El gerundio es en sus libros el cascote que hace adelantar rápidamente la obra.

No voy á enseñarte el empleo del gerundio castellano. Me limitaré á copiar algunos para que los lectores juzguen.

¡Abrid los paraguas!

«El imán coge al penitente, le abraza... y luego pasa varias veces sobre él, *manteniéndose* sobre sus riñones.» A parte de la imposibilidad de pasar *manteniéndose* sobre sus riñones, no sabemos de quién son los riñones esos.

«El sultán recibe á sus huéspedes enviándoles orientales saludos.» Si les recibe ¿para qué *envía* los saludos?

«Los viajeros se reunen *poniéndose* á escote.» Primero se reunen, y luego de reunidos se ponen á escote.

«Sentándonos contemplamos durante un cuarto de hora.» ¿Duró un cuarto de hora el acto de sentarse?

«De cada ángulo del asiento se levanta una columna *sosteniendo*.» Se dice «que sostiene».

«Descienden posándose en sus brazos.» Cuando han terminado de descender es cuando se posan. No se puede descender posándose.

«El Señor propone la mercancía *verificándose* la venta.»

«Una hora después desembarco, siguiendo á pie las calles...»

No son hechos simultáneos: primero propone y desembarca, y luego se verifica la venta y se siguen á pie las calles.

«Las damas turcas dejan ver su cabeza, teniendo frente á ellas esclavas.» ¿Y si no tienen frente á ellas esclavas, ya no dejan ver la cabeza?

«Manchas de vivos colores temblando junto á sus colas.» Que tiemblan se dice.

Los soldados van «vestidos de obscuro azul, llevando al frente á sus jefes». Aunque no los lleven al frente, supongo yo que también vestirán de obscuro azul.

«Van á la mezquita agrupándose en la puerta.» Mal podrán ir á ninguna parte «agrupándose en la puerta» de la mezquita.

«Esperar el primer vapor de la mañana *emprendiendo* de nuevo el viaje.» Se dice para emprender.

«Se da el nombre de política *entendiéndose* todos al final.» Y se entienden, debió escribir.

«Su alteza nos espera *recibiéndonos*.» Si les recibe ya no les espera.

«El gran Visir vino á Constantinopla *entrando* en la Administración.» ¡Buena manera de hacer viajes!

«Magyares vestidos... haciendo sonar las espuelas.» ¡Cualquier cosa!

«Como dos toros que acaban de embestirse, *desplomándose* moribundos.» Desplomándose no se puede embestir, y con mayor motivo si el que se desploma está moribundo.

Así, en esta forma, podríamos seguir devorando planas, y pliegos, y tomos; pero el lector, harto aburrido, nos abandonaría con sobrada razón.



ADIÓS

Este es el libro de los cuadros de luz, colores y sangre, elogiado por Morote. Este es el autor que según Gómez de Baquero supera á «Pierre» Loti.

Gasté tres pesetas en el libro *Oriente* (despilfarro «majestuosamente inaudito»), y lo leí de un tirón.

¡Compadecedme, lectores!

No me quedan fuerzas para seguir.

Antes de poner punto y fecha, séame permitido exclamar con Blasco Ibáñez:

«Siento» los crujidos de la pesadez.

FIN

Valencia á 2 de Marzo, fiesta de la Locura, de una á seis de la tarde del año 1908.

FE DE ERRATAS

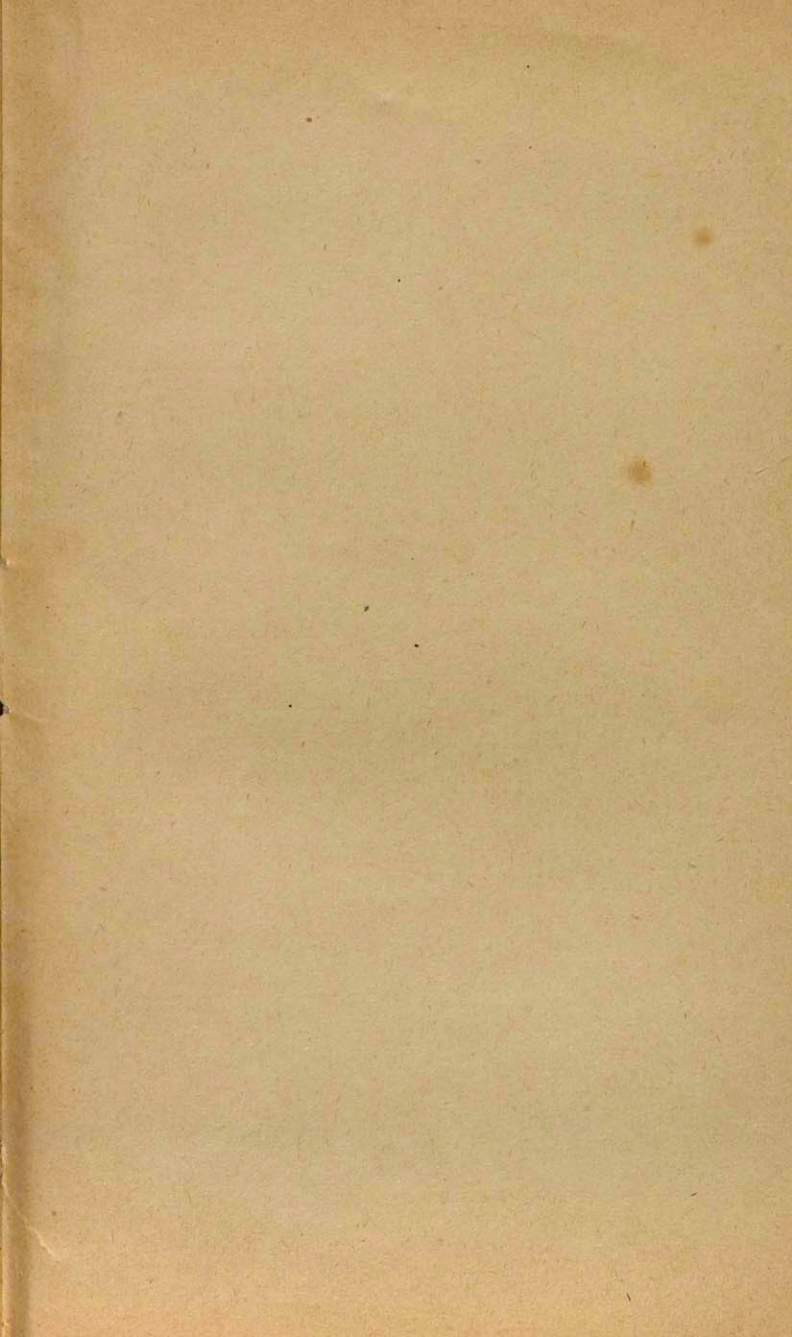
Después de ser impreso el libro, el autor se niega á registrar sus faltas. Si son muchas, no son menos las claras dotes de inteligencia de los lectores, quienes las anotarán, según su recto juicio, en el Debe ó Haber del autor.



ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE
FOLLETO EN EL ESTABLECI-
MIENTO TIPOGRÁFICO DE
MANUEL PAU EN EL
MES DE MAYO
DEL AÑO
MCMVIII

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Portada (cubierta á dos tintas).	
Anteportada	1
Portada	3
Nota	4
Advertencia.....	5
Incongruencias, figuras y desaliños fusilables.....	7
Continúa la carga	17
Ya escampa	27
Monotonías	37
Cortes, recortes y rupturas	39
Bajezas	41
Respeto á las personas.....	45
Blasco mahometano	49
Lluvia de gerundios.....	51
Adiós.....	55
Fe de erratas	57
Colofón	59
Índice.....	61
Anuncio (cubierta, última plana).	



Biblioteca  Valenciana



31000005554558

Obras de José Navarro Cabanes

Ptas.

- PRENSA CARLISTA. — Historia de 640 periódicos, ilustrada con 150 grabados, 320 páginas. Prólogo de Martín Mengod. Intermedio de Cirici Ventalló. Cubierta a tres tintas, de Povo. 3
- ORATORIA MONESIPAL. — Monólogo irrepresentable, tejido a mano por **Un auditor resignado de latas consistoriales**. Cuarta edición. Cubierta a tres colores, de A. Ballester. 0'30
- DESPUES DE LEER ORIENTE. — Horrores de una indigestión de lectura, relatados por **Mostacilla**. Cubierta en colores, de A. Ballester. 0'50
- BAJONAZOS AL IDIOMA. — Mojiganga de crítica «económica», por **Un Parranda**. Cubierta en colores. 0'50
- MONICIPALERIAS. — Colección de anécdotas concejiles, rigurosamente históricas. Cubierta a tres tintas, de **K-Hito**. 0'30

EN PREPARACIÓN

- AU PAYS DE LA CARMENCITA. — Cómo se ve España desde el extranjero (con muchas caricaturas).
- DEL PLAGIO AL HURTO. — Un viaje al país de las rapsodias literarias, pictóricas y musicales (con muchos dibujos).